

## Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación.

J. de Hoz - Salamanca

[At least from the 8th century B.C. writing was known by the people of the orientalizing culture of West Andalusia. This writing was an adaptation of the Phoenician alphabet. There is, however, a chronological problem: in general lines, the old Hispanic writing has a geometrical aspect that recalls Phoenician writing of an older time; in particular, the derivatives of *'*, *k*, *l*, *m*, y *t* seem to postulate models older than the 8th century and the derivatives of *d* y *q* seem to postulate models not more modern than the 8th century. All that presupposes a very old Phoenician model for the Hispanic writing, in contradiction with the archaeological data, but at the moment there is not a satisfactory solution to the problem.]

El uso de la escritura en la Península Ibérica es un resultado directo de la presencia en ella de gentes exógenas, llegadas del Oriente del Mediterráneo. Las cuestiones fundamentales sobre el origen de las escrituras hispánicas son las siguientes: ¿quiénes fueron esas gentes?, es decir, ¿de dónde procedían?, ¿cuándo transmitieron la escritura a los indígenas?, ¿qué clases de contactos hicieron posible esa transmisión?, ¿qué modificaciones estructurales y técnicas sufrió la escritura modelo al ser adoptada por sus nuevos usuarios?

La última de esas preguntas debe ser respondida exclusivamente con argumentos de historia de la escritura; las tres primeras exigen, en proporción variable, la colaboración de datos y métodos propios de la arqueología en sentido amplio, es decir de la historia arqueológica, y de la historia de la escritura. Puesto que en esta ocasión voy a centrarme esencialmente en el ¿cuándo? de la transmisión, conviene comenzar por resumir lo que nos enseña la historia arqueológica.

A partir de un momento que, con criterios de extrema prudencia, podemos colocar hacia el año 700 a. C., la zona Sur de la Península Ibérica presentaba una situación extremadamente compleja, en la medida todavía muy limitada y parcial en que podemos conocerla<sup>1</sup>. Existían en ella asentamientos de gentes

1. Me limito a algunas citas entre la numerosa bibliografía reciente: M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*. Madrid 1977; id., "Colonizzazione e aculturazioni nella Penisola Iberica", en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche*. Pisa/Roma 1983, pp. 429-61, en especial pp. 433-53; M.E. Aubet, "Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der Iberischen Halbinsel", en H.G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*. Mainz 1982, pp. 309-335 = "Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico", *Pyrenae* 13-14(1977-78)81-107; id., "Estado actual de la protohistoria andaluza" (en prensa; manuscrito que he podido utilizar gracias a la amabilidad de la A.); H.G. Niemeyer, "Anno

orientales, concretamente fenicias, en una serie de puntos repartidos a lo largo de la costa desde por lo menos Almuñécar al E. hasta Cádiz al O. Por desgracia no conocemos arqueológicamente nada sobre esta última ciudad en esas fechas, pero de las fuentes literarias podemos deducir que desde el primer momento constituyó el núcleo fundamental de la colonización fenicia en la Península, y los yacimientos fenicios arqueológicamente conocidos muestran ya un grado de adaptación de la cultura fenicia, una variedad peculiar que tenemos derecho a denominar occidental, y que presupone la existencia de al menos un centro anterior en el que se desarrolló esa adaptación y que actuó como metrópoli secundaria; ese centro tuvo que ser Cádiz.

Fuera de la estrecha faja costera controlada por los fenicios encontramos diversas culturas indígenas. La que por el momento nos interesa es la que ocupaba la Andalucía occidental. En esta región encontramos un número importante de yacimientos que reflejan básicamente una cultura homogénea, aunque con variedades locales, a la que cuadra con justicia el nombre de orientalizante que se le suele dar, y también, en atención a las fuentes literarias, el de tartésica.

Se trata en efecto de un mundo en el que una aristocracia que entierra a sus muertos en construcciones monumentales disfruta del uso de objetos suntuarios adquiridos en parte del comercio fenicio, tanto si se trata de manufacturas originarias de la metrópoli como si han sido fabricadas en las factorías costeras, en parte producto de la imitación local. En un plano más modesto, aunque cuantitativamente mucho más significativo, toda la población participa de ese ambiente orientalizante a través de innovaciones urbanísticas —casas rectangulares sobre zócalos de piedra—, rituales —incineración—, o decorativas y artísticas —nuevos tipos cerámicos—. El comercio juega un papel importante en un doble sentido, productos fenicios de los dos tipos mencionados se encuentran ampliamente difundidos por el área andaluza occidental, es decir tartésica, y la influencia de este área se hace sentir con considerable fuerza en zonas vecinas, como Extremadura o el Alto Guadalquivir, o incluso relativamente alejadas, como la zona de Alicante<sup>2</sup>.

En relación con la escritura el primer problema que se nos plantea es el de si debemos suponer ya en ese momento orientalizante del s. VII su conocimiento por parte de los indígenas. Es una cuestión a la que se han dado respuestas divergentes, a veces espectacularmente divergentes, pero que creo que hoy día debe ser contestada de modo afirmativo. Existen testimonios, breves y fragmentarios desde luego, ya que se trata de grafitos sobre cerámica, pero según creo seguros, que pueden ser fechados arqueológicamente en esa época, o al menos no en fecha posterior, y esos testimonios proceden no sólo del área propiamente tartésica sino también de sus zonas de influencia<sup>3</sup>. La única manera de negar la existencia de una escritura indígena ya del s. VII sería demostrar que esos testimonios lo son en realidad de una escritura colonial, fenicia u otra. Así lo ha supuesto Untermann<sup>4</sup>, pero nadie ha intentado una demostración en regla. Personalmente creo que está excluido que alguno de esos grafitos sea fenicio o griego. Se podría pensar en una tercera escritura colonial, no considerada hasta ahora en los estudios sobre la Península Ibérica, eligiendo alguna que por ser mal conocida excluyese la prueba de la pertenencia o no de nuestros grafitos a ella, pero evidentemente esto sería una solución no sólo ad hoc y arbitraria, sino evidentemente condicionada por un prejuicio científico contra la posibilidad de que en esas fechas existiese una escritura indígena en la Península.

Pero es que además, dado el evidente aire de familia de los signos de esos primeros grafitos con los de otras inscripciones hispánicas antiguas, de admitir esa tercera escritura colonial habría que considerarla como

octogesimo post Troiam captam...Tyria classis Gadis condidit? Polemische Gedanken zum Gründungsdatum von Gades (Cadiz)", *Hamburger Beiträge zur Archeologie* 8(1981)9-33; M. Pellicer, "Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental", *Ampurias* 38-40(1976-1978)3-21; id., "Ensayo de periodización y cronología Tartésica y Turdetana", *Habis* 10-11(1979-1980)307-33; id., "Siedlungsplätze in der orientalisierenden Epoche am unteren Guadalquivir", *Hamburger Beiträge zur Archeologie* 8(1981)35-61.

2. M. Gil-Mascarell - C. Aranegui, *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Valencia 1981, pp. 42ss.

3. M. Almagro-Gorbea, *El Bronce Final*, pp. 263ss.; A. González Prats, "La Peña Negra IV", *NAHisp* 13(1982)363-5.

4. J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum* I. Wiesbaden 1975, p. 71, n. 11.

el modelo de las escrituras posteriores de la Península, y pensar por lo tanto, ya que el análisis interno de las escrituras hispánicas demuestra a mi modo de ver que han nacido como adaptación de la escritura fenicia a una lengua de características diversas, que a su vez esa escritura colonial era una adaptación de la escritura fenicia implantada desde comienzos de la Edad del Hierro en la Península y que perduraría en ella, lo que viene a ser lo mismo que reconocer la existencia de una escritura indígena en esas fechas. Pero sobre estas cuestiones habremos de volver más adelante.

Sin insistir en ese análisis interno que he argumentado en otra parte<sup>5</sup>, partiré por lo tanto de dos hechos esenciales. Desde al menos el s. VII a. C. existía en la cultura tartésica una escritura propia; esa escritura era una adaptación de la escritura fenicia. Aceptadas estas premisas pretendo definir mejor algunos aspectos del proceso histórico que ha dado lugar a esa adaptación.

Tenemos algunos testimonios del tipo de escritura que utilizaban o conocían los fenicios de la Península Ibérica en el s. VII<sup>6</sup>. Debemos distinguir en esos testimonios dos tipos de documento, aquellos en los que la inscripción está grabada en un objeto valioso que ha podido viajar considerablemente, y no pueden ser utilizados por lo tanto para ejemplificar los usos escritos de los fenicios hispánicos, y los que muestran un carácter más casual y cotidiano, y deben haber sido inscritos en el lugar del hallazgo o no lejos de él. Entre los primeros podemos citar el anillo de Cádiz (Hispania 1), tal vez del s. VIII o VII, cuyo texto sin embargo garantiza que ha sido inscrito en esa ciudad, la estatuilla del Museo de Sevilla (Hispania 14), que ha sido datada en el s. VIII o entre el VII y el VI, siendo más atendible la primera fecha, y la urna de alabastro de la necrópolis Laurita, posiblemente del VII<sup>7</sup>. Al segundo grupo pertenecen unos cuantos grafitos procedentes de factorías fenicias, simples nombres propios de persona en el caso de un fragmento de plato de barniz rojo de Toscanos (Hispania 16), y posiblemente en el fragmento cerámico de la necrópolis Laurita (Hispania 20), y el de ánfora de saco del Cabezo de la Esperanza —aunque este último ha sido interpretado como topónimo, lo que me parece poco probable—, nombre propio con filiación en un fragmento de la desembocadura del Guadalhorce (Hispania 17), y simples letras utilizadas como marcas en otros casos. Otro nombre propio, pero ya del VI, apareció en un plato de barniz rojo de la Peña Negra, en Alicante<sup>8</sup>.

La escritura de estas tempranas inscripciones fenicias de la Península Ibérica no presenta ningún rasgo especial que permita aislar una familia occidental con personalidad propia. Encontramos, como en otras zonas del mundo fenicio, un tipo homogéneo de alfabeto con considerable variabilidad en las formas de los signos, que, aunque en líneas generales evolucionan con una cierta lógica, en cada caso concreto pueden mostrar variantes muy arcaizantes o muy modernas en una misma época, sin que el material de que disponemos permita determinar si el origen de esta situación está en estilos individuales o en escuelas definidas local o socialmente.

5. "Sobre el origen de la escritura del S.O." (en prensa en *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleo-hispánicas*. Salamanca) y "Origine ed evoluzione delle scritture iberiche" (en prensa en *I problemi della scrittura e delle normative alfabetiche nel mondo antico*. Nápoles).

6. La mayor parte de las inscripciones fenopúnicas aparecidas en la Península Ibérica han sido publicadas por Solá Solé, cuyo sistema de referencia —Hispania y n.º de orden— resulta conveniente mantener. Hispania 1-14 con las referencias anteriores están recogidas en M.G. Guzzo Amadasi, *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*. Roma 1967, pp. 137ss. En general se debe consultar también J.M. Solá Solé, "A propósito de nuevas y viejas inscripciones fenopúnicas de la Península Ibérica", en *Homenaje a García Bellido* I. Madrid 1976 (= *Rev. Univ. Compl.* 101), pp. 175-98 (incluye Hispania 15-21), y M.G. Guzzo Amadasi, "Remarques sur la présence phénico-punique en Espagne d'après la documentation épigraphique", en *Actes du 2<sup>e</sup> Congrès International d'Études des Cultures de la Méditerranée Occidentale* II. Alger 1978, 33-42. Otras referencias se citarán a propósito de inscripciones concretas.



7. Hispania 19. La bibliografía de la inscripción de Sevilla es muy numerosa; hasta 1979 está recogida en J.C.L. Gibson, *Textbook of Syrian Semitic Inscriptions 3. Phoenician Inscriptions*. Oxford 1982, n.º 16.

8. Cabezo de la Esperanza: J. Ferron - M. Fernández-Miranda - J.P. Garrido, "Inscripción fenicia procedente del Cabezo de la Esperanza", *Trabajos de Prehistoria* 32(1975)199-211; Peña Negra: A. González Prats, *op. cit.*, cf. *supra* n. 3, pp. 363-4 y 384-5. Otros grafitos fenicios del s. VII proceden de Morro de Mezquitilla: W. Röllig, "Phönizische Gefäßinschriften vom Morro de Mezquitilla", *MM* 24(1983)133-44.

Puesto que he dicho que el análisis interno, la estructura de los semialfabetos hispánicos y de la escritura fenicia, y su carácter grafemático, permiten derivar aquéllos de ésta, y que la derivación ya se había producido en el s. VII, sería de esperar que también las formas concretas de los signos fenicios de esa época permitiesen explicar las más antiguas de los signos hispánicos. Sin embargo en este punto surgen serias dificultades.

En primer lugar hay una diferencia general de estilo. Los signos fenicios de la época muestran una clara tendencia al alargamiento, al desarrollo de apéndices, a la curvatura de líneas que podrían ser rectas; podemos hablar de tendencia cursiva con toda propiedad, aunque todavía estemos muy lejos de los tipos de escritura a los que propiamente llamamos cursivos y que aparecerán en fecha posterior en papiros fenicios y arameos. La escritura hispánica por el contrario es una escritura extremadamente geométrica, con tendencia cuadrada, que se adapta bien a un uso lapidario aunque éste sea más bien raro. Como veremos existen paralelos fenicios para este tipo de escritura, pero no en el s. VII<sup>9</sup>.

En cuanto a los signos considerados en particular, la *a* hispánica no coincide en absoluto con el '*aleph*' fenicio conocido habitualmente<sup>10</sup>. Los ejes de ambos grafemas, en vez de coincidir si los superpusiésemos, serían transversales, y los dos lados oblicuos, que en fenicio son rectos y cortan el eje perpendicular que se prolonga, en hispánico lo delimitan netamente y uno de ellos puede ser curvo. Este tipo de signo está muy próximo sin embargo al correspondiente griego y además a algunas variantes semíticas, concretamente a la representada en un óstrakon de Sareptah, en el óstrakon de 'Izbet Šarṭah, y en una inscripción de los alrededores de Gaza. Lo importante es que estos ejemplos tienen fechas muy elevadas, que pueden remontar incluso a fines del segundo milenio<sup>11</sup>. Todavía más antigua es la placa de Siquén en la que aparece por dos veces un excelente paralelo de la *a* hispánica y griega, pero junto a él, y junto a un signo también repetido similar a *s* hispánica y *san* griega, hay otros de aspecto todavía claramente pictográfico; esto, unido a la fecha de la inscripción, probablemente todavía en la primera mitad del segundo milenio, y a la disparidad de las interpretaciones a que ha dado lugar, aconseja no tomarla en consideración<sup>12</sup>.

En otro lugar he supuesto que en *beth* está el origen del silabograma hispánico *be*<sup>13</sup>, pero aunque sería posible trazar una línea de evolución desde la forma fenicia atestiguada en ciertas flechas libanesas hasta la forma hispánica (  →  ), todo el proceso es excesivamente hipotético; por otro lado es claro que debieron existir variantes de *beth* no atestiguadas, ya que sin ellas no puede explicarse el origen de la *b* griega. Parece pues conveniente prescindir de este signo en la discusión.

El paso de *gimel* a *ka* no parece plantear ningún problema; es cierto que la forma hispánica presenta un esquema más simétrico que el de la fenicia, pero ello puede deberse a un desarrollo ya autónomo, paralelo al de *l* en ciertos alfabetos griegos.

Tampoco es problemático el paso de *daleth* a *tu*, pero aquí hay que subrayar que la forma hispánica, coincidiendo con la *d* griega, está formada por un triángulo isósceles —en Grecia también rectángulo— sin huella de apéndice. En las inscripciones fenicias las formas sin apéndice, muy variadas en cuanto al tipo de triángulo, son arcaicas, normalmente anteriores al s. VIII, aunque todavía en esta época se encuentra algún ejemplo (*KAI* 31)<sup>14</sup>, y desde luego no alcanzan el s. VII en el que domina completamente la forma con apéndice atestiguada ya en el s. IX.

En la escritura hispánica más antigua está claramente atestiguado un descendiente del *he* fenicio, aunque por ahora no estamos en condiciones de darle un valor fonético. Como la mayor parte de sus

9. Cf. pp. 324-325 y n. 20.

10. Para la discusión de la forma de los signos reenvío de una vez por todas al cuadro adjunto y a su nota aclaratoria.



11. Discusión reciente de las formas de '*aleph*' con referencias en B.S.J. Isserlin, "The antiquity of the Greek Alphabet", *Kadmos* 22(1983) 51-63(154-155).

12. G.R. Driver, *Semitic Writing*. London 1976<sup>3</sup>, pp. 98 y 198 con referencias.

13. *Op. cit.*, *supra* n. 5.

14. *KAI* reenvía a H. Donner y W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften I-III*. Wiesbaden 1966-92.

equivalente griegos más arcaicos el signo hispánico se caracteriza por un tallo largo que sobresale por debajo del último de los trazos horizontales. Estos pueden ser tres o cuatro y estar inclinados hacia arriba o hacia abajo. Esta inclinación, pero habitualmente hacia abajo, es frecuente en la epigrafía fenicia, donde la prolongación del tallo como pie del signo se impone a partir del s. X avanzado.

La forma de *u* hispánica procede de *waw* fenicia, pero de las dos formas que encontramos en las inscripciones fenicias arcaicas, tallo vertical que recibe a la izquierda en perpendicular el extremo de uno de los dos breves trazos que definen un ángulo recto  —es el tipo del que procederá la forma dominante a partir del s. VII—, y tallo más breve coronado por un semicírculo abierto hacia arriba  —de donde procederá la *u* griega, convirtiendo el semicírculo en ángulo—, en las escrituras hispánicas meridionales domina sistemáticamente y sin excepción el primero. Los mejores modelos los hallamos en la inscripción mayor de Kilamuwa (*KAI* 24), de la 2ª mitad del s. IX, o en la inscripción descubierta por Honeyman en el Museo de Nicosia (*KAI* 30), que se suele fechar a mediados del mismo siglo. Pero hay que subrayar que en este caso no sería difícil derivar la forma hispánica de prototipos del s. VII.

La posibilidad de que *o* hispánica proceda de *zayin* carece por ahora de comprobación; por lo tanto se debe prescindir de ese signo en esta discusión.

Lo mismo ocurre con *heth*, en este caso porque no está claro si todas las variantes del rectángulo con trazos interiores atestiguadas en las escrituras hispánicas meridionales corresponden o no a un único grafema, y por lo tanto no sabemos qué formas debemos seleccionar para la comparación.

Hispánico meridional *ti* procede de *ṭeth*. El tipo claramente dominante en la epigrafía fenicia y en la griega inicial, es decir el círculo con cruz interior, no está representado en la Península donde siempre encontramos un único trazo interior, generalmente vertical, dentro de un círculo o, más a menudo, una forma de tendencia elíptica. La simplificación de la cruz interior es desde luego un proceso banal, que en fechas posteriores se impondrá tanto en la epigrafía griega como en la fenicia, y que en ejemplos aislados, concretamente la inscripción de Shipṭba'al (*KAI* 7) de c. 900 a.C., y la de la ciudadela de Ammán<sup>15</sup>, posiblemente del s. IX, aparece en la epigrafía semítica en fecha muy temprana.

La *yodh* fenicia se ha utilizado en Hispania para *i*. La adaptación del signo no ha afectado, a diferencia del caso griego, a la forma fenicia ya que se conserva fielmente el tipo dominante antes de la generalización de los trazados más cursivos, pero sí a la posición de la letra.

*Kaph* ha servido de modelo al hispánico *ke*. La forma hispánica primitiva admite varias realizaciones, algunas considerablemente aberrantes, pero la original es sin duda la que coincide con la *kappa* griega habitual, es decir ángulo de lados iguales unido por su vértice al punto central de un trazo vertical, y que por lo tanto plantea en su relación con el modelo fenicio los mismo problemas que se han tenido que plantear los estudiosos del alfabeto griego. El prototipo propiamente fenicio más próximo a la forma griega e hispánica lo hallamos en la estela de Nora (*KAI* 46), pero los mejores paralelos los proporcionan inscripciones arameas desde el s. IX, o quizá X; esta forma apenas si continua en uso el s. VIII. En principio puede decirse que se trata de una forma semítica posible, aunque no especialmente frecuente, de fecha temprana, y que, por representar un estilo contrario a la tendencia dominante en la evolución del alfabeto semítico, de formas cada vez más alargadas, quedó pronto fuera de uso.

El signo *l* copia su equivalente fenicio *lamedh*. De este último existen dos variantes fundamentales, la angulosa y la redondeada. El alfabeto griego, como la escritura hispánica, ha optado por la angulosa, pero ha vacilado, según regiones, entre el tipo con el ángulo en la parte superior y el dominante en el alfabeto semítico del primer milenio, con el ángulo en la parte inferior. En Hispania encontramos sólo el primero de éstos. Es cierto que en la recientemente publicada inscripción de Tell Fekheriyeh *lamedh* se representa en la misma

15. S.H. Horn, "The Amman Citadel Inscription", *BASOR* 193(1969)2-13; W.J. Fulco, "The 'Ammān Citadel Inscription: A New Collation", *BASOR* 230(1978)39-43.

posición<sup>16</sup>, pero su tipo es siempre el redondeado, de forma que el único paralelo exacto a la forma hispánica y a la griega no euboica lo tenemos que buscar en las escrituras sudarábicas y en las inscripciones llamadas proto-árabes, que desde luego no pueden estar relacionadas de forma no mediata con las que aquí estudiamos. Para explicar el problema caben dos opciones, o pensar en un simple error de transmisión que se ha producido de forma independiente en varios casos, o suponer una forma no atestiguada, continuadora de la libertad de posición que muestran los signos semíticos en el segundo milenio, de la que procederían los diversos casos de / con ángulo en la parte superior; en este supuesto sería difícil admitir que esa forma no atestiguada hubiese podido sobrevivir hasta el s. VIII, cuando lo que se ha llamado "la serie general" de la escritura fenicia aparece ya bien constituida.

El problema de *mem* es especialmente complejo. Por razones deducidas del análisis interno de las inscripciones, ajenas por completo a la forma del signo, he llegado a la conclusión de que equivale a *ba* en la escritura hispánica, es decir es un silabograma cuyo elemento oclusivo corresponde a una labial sonora<sup>17</sup>. Dado que en las formas primitivas de las escrituras hispánicas no existe signo para *m*, porque al parecer en la lengua o lenguas correspondientes no existía un fonema nasal labial, el parecido del signo *ba* con la *mem* fenicia implica que nos encontramos ante una adaptación similar, en lo que a modificación de valores se refiere, a la que ha convertido *beth* en *be*, *daleth* en *tu* o *jeth* en *ti*. Comparando *mem* fenicio con *ba* hispánico y *my* griega se observa que la forma hispánica y la griega corresponden a dos modelos bien diferenciados; en la primera se trata de un zigzag vertical con un breve tallo, en la segunda de un zigzag horizontal con un tallo vertical relativamente prolongado. Ambos tipos están bien atestiguados en el área semítica, pero su cronología es distinta; el tipo vertical corresponde a fines del segundo milenio y al s. X a.C., con algún testimonio en el s. IX, mientras que el tipo horizontal se desarrolla a partir del s. VIII tras una serie de formas transicionales, oblicuas, en el s. IX.

*Nun/n*, *samekh/s*, *'ayin/e*, *pe/hi*, no merecen un comentario particular; la relación entre los signos fenicios y los hispánicos es clara, pero las formas no se prestan a sacar conclusiones cronológicas ya que permanecen más o menos estables durante todo el período que nos interesa. Si conviene subrayar que *'ayin* ha sido adaptada en Hispania para transcribir *e*, a diferencia del alfabeto griego donde vale *o*.

La sibilante hispánica que transcribimos *ś* se notaba por medio de un signo idéntico a la *san* griega. Como ésta, debe proceder de *śade*, aunque no es imposible que en ambos casos se trate de *šin* invertida. Dada esta inseguridad no conviene sacar conclusiones de este signo, aunque de confirmarse que su origen sea *śade* la considerable modificación sufrida por los signos hispánico y griego apuntaría una vez más a una fuente común.

La forma de *qoph* se ha utilizado en las escrituras hispánicas para *ki*. El tipo sistemáticamente representado en éstas, círculo atravesado por un trazo vertical que se prolonga hacia abajo como pie, está bien representado en la epigrafía semítica en los s. X-VIII, para ser sustituida en el siglo siguiente por formas en las que el círculo se degrada.

La evidente relación de *r* hispánica y *reš* no da pie para muchas precisiones formales. El signo no muestra grandes variaciones en la epigrafía fenicia, y en la hispánica, como en la griega, sólo se distingue por la tendencia general, común a todos los signos, hacia la verticalidad con respecto a la línea de escritura frente a la tendencia oblicua que se deja sentir en las inscripciones fenicias desde muy pronto y que acaba dominando por completo en ellas.

Respecto a *šin* ya he hablado a propósito de *śade*.

Finalmente *taw* ha servido de prototipo al silabograma hispánico *ta*, y en este caso sí se observa una

16. A. Abou-Assaf - P. Bordreuil - A.R. Millard, *La statue de Tell Fekherye et son inscription bilingue assyro-araméenne*. Paris 1982.

17. J. de Hoz, "On some problems of Iberian script and phonetics", en *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca 1979, pp. 257-271(265-268).



contraposición muy clara dentro de la epigrafía semítica. Las inscripciones más antiguas, hasta el s. IX, presentan una cruz simétrica, con uno de sus lados paralelo a la línea de escritura o, como en Hispania, con ambos oblicuos. A partir del s. VIII, con ejemplos ya en el IX, se impone claramente una forma no simétrica, con un trazo vertical muy prolongado, que aunque no idéntica con la forma griega es la que mejor puede explicarla.

Recapitulando nuestros datos podemos hacer cuatro grupos de signos:

1º) Signos que parecen reflejar formas fenicias muy primitivas, anteriores al s. VIII: los derivados de 'aleph, kaph, lamedh, mem y taw. De ellos, los tres primeros presentan una situación comparable con la que se da en el alfabeto griego, pero los dos siguientes son claramente más arcaicos que sus equivalentes en este último.

2º) Signos que parecen reflejar formas fenicias no posteriores al s. VIII: los derivados de *daleth* y *qoph*. El primero coincide con *delta* griega, el segundo sólo parcialmente con *qoppa*.

3º) Signos no utilizables en la discusión porque su origen fenicio no está suficientemente claro o porque reflejan evoluciones formales peculiares que impiden la comparación directa: los derivados o posibles derivados de *beth*, *gimel*, *zayin*, *het* y *sade* (o *šin*). Sólo el último es plenamente comparable en griego.

4º) Signos que reflejan formas poco cambiantes, que lo mismo pueden remontar a una fecha antigua que llegar al s. VII: derivados de *he*, *waw*, *teth*, *yodh*, *nun*, *samekh*, 'ayin, *pe* y *reš*. Cuatro de ellos representan en griego una situación comparable, los otros cinco, *u*, *te*, *i*, *e* y *bi*, por razones diversas no pueden ser asimilados a sus correspondientes griegos, aunque en el caso de *te*, *e* y *bi* haya ciertas coincidencias.

Junto a estas consideraciones de detalle no cabe olvidar la diferencia general de estilo entre la escritura hispánica y la fenicia que previamente he mencionado. Las pocas inscripciones semíticas que dan una impresión general semejante a la de las inscripciones tartésicas son la del vaso de esteatita de Chipre<sup>18</sup>, algunas de las flechas libanesas y las de Palestina<sup>19</sup>, el óstrakon de 'Izbet Šarṭah y poco más, es decir los testimonios más antiguos del alfabeto fenicio, situables todavía a fines del segundo milenio. Curiosamente sin embargo el alfabeto griego sí coincide en esta impresión general de estilo con la escritura hispánica<sup>20</sup>.

La imagen que de la transmisión del alfabeto fenicio a los antiguos hispanos nos proporcionan estos datos es extremadamente compleja. No existe ningún alfabeto fenicio conocido que pueda constituir un modelo adecuado de la más antigua escritura hispánica, pero en la medida que los signos se dejan reducir a formas existentes en una fecha determinada, el factor común más amplio, el período en que pueden haber coexistido el mayor número de modelos particulares de los distintos grafemas hispánicos parece ser extremadamente antiguo, no posterior al s. IX, lo que hoy por hoy no concuerda con los datos históricos sobre la presencia fenicia en Hispania. Por otra parte se advierte que las dificultades para relacionar el semi-alfabeto hispánico con una forma concreta del alfabeto fenicio son las mismas en líneas generales que las que existen en el caso del alfabeto griego, aunque sin embargo cuando descendemos a los problemas particulares de los signos las coincidencias, aunque existen, no son tan numerosas que obliguen a pensar en la procedencia de un modelo común, y desde luego, por razones deducibles de la forma de los signos, pero más aún por razones de sistema, está excluido que el alfabeto griego haya jugado un papel mediador entre el fenicio y la escritura hispánica<sup>21</sup>.

18. O. Masson - M. Szymer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*. Paris 1972, pp. 128-30 y lám. XXII.

19. Gibson, *op. cit.*, pp. 1-8.

20. Me he ocupado de esa impresión general del estilo epigráfico en relación con los orígenes del alfabeto griego, siguiendo a J. Naveh, "Some Semitic Epigraphical Considerations on the Antiquity of the Greek Alphabet", *AJA* 77(1973)1-8, en "Algunas consideraciones sobre los orígenes del alfabeto griego", en *Estudios metodológicos sobre la lengua griega*. Cáceres 1983, pp. 11-50(32-34 y 47-88). Ver también A.R. Millard, "The Canaanite Linear Alphabet and its Passage to the Greeks", *Kadmos* 15(1976)130-44, y McCarter, *op. cit.*, *supra* n. 10.

21. "El origen de la escritura del S.O.", cf. *supra* n. 5.

En otros lugares ya he señalado las condiciones que deberían reunirse para esclarecer estos problemas, y he apuntado por qué caminos puede llegar tal vez la solución<sup>22</sup>, aunque ahora matizaría aún más algunas de mis afirmaciones de entonces. Sigo pensando que sería necesario construir, utilizando exclusivamente los datos fenicios —y por supuesto arameos y palestinos más antiguos—, un modelo coherente de la evolución del alfabeto semítico en sus primeros tiempos, para evitar establecer comparaciones atomizadas, signo a signo, o reducidas a los pocos casos en que una inscripción nos proporciona una selección suficiente del alfabeto; que posiblemente ese modelo implicará una fase de escrituras semíticas locales, más o menos divergentes, antes de que se imponga la tradición de Tiro y Sidón; y que, considerado en bloque, el alfabeto griego produce una impresión de menor proximidad a las formas fenicias conocidas que la escritura hispánica.

El problema estriba en que lógicamente el modelo que debió servir de base a ésta última fue el de Tiro y Sidón, y sin embargo ese modelo, que en última instancia es el que conocemos para el s. VIII y el VII, no parece poder explicar las formas de los signos hispánicos. Aceptar un origen anterior, en el s. IX por ejemplo, plantea graves dificultades históricas, sobre las que inmediatamente volveré, y tampoco es seguro que el modelo de Tiro en esa fecha resolviese los problemas paleográficos. Aquí nos encontramos en una situación muy distinta a la del alfabeto griego, ya que los propios helenos pudieron en esas fechas tempranas adquirir su escritura en las costas mismas de Siria, en puntos donde no dominase la tradición de Tiro, o en todo caso, por razones de proximidad, podían recibir en sus propias costas influencias orientales más variadas que las que llegaban a la Península Ibérica.

Cabe preguntarse si no habría que contar con otro planteamiento muy diverso, la llegada a Hispania de la primitiva escritura hispánica ya formada, nacida de una variedad particular de la fenicia en algún punto del Mediterráneo oriental, pero ese supuesto exige, además de un análisis puramente grafematológico, preguntar a la arqueología por los primeros indicios de influencias orientales en Hispania.

El análisis interno de la escritura en sí permite deducir, al menos yo así lo entiendo, que las más antiguas inscripciones hispánicas representan la adaptación de la escritura fenicia a una lengua de características disimilares, que esa primera adaptación no es exactamente la misma que vemos en las inscripciones del Algarve sino su antecedente, y que la escritura ibérica es a su vez una nueva adaptación de esa escritura original<sup>23</sup>. No sabemos prácticamente nada de la lengua para expresar la cual sirvió el prototipo de los semi-alfabetos hispánicos; pudo ser la antecesora de la que se habló en Andalucía al comenzar la romanización, y de la que apenas si restan unos enigmáticos nombres propios y alguna inscripción incomprensible<sup>24</sup>, y/o pudo ser la que constituye el marco natural de los topónimos en *-ipo*<sup>25</sup>; de la escritura apenas si deducimos que tenía un sistema fonético con seis vocales, una única nasal, dos sibilantes, tres oclusivas diferenciadas por el punto de articulación, y dos líquidas, es decir próximo pero no idéntico al del ibérico. Con estos datos cabe como posibilidad, aunque desde luego altamente improbable, que estemos ante una escritura y una lengua llegadas a la Península desde Oriente, pero incluso en ese caso, como he dicho ya, habría que considerarlas lengua y escrituras indígenas, por la solidez de su implantación, porque de esa escritura derivarían todas las variantes propiamente hispánicas, con la única y cuantitativamente poco importante excepción del alfabeto greco-ibérico, y porque sólo en Hispania la conoceríamos, al menos hasta la fecha.

En cuando a la posibilidad de elementos orientales tempranos, no fenicios, en la Península, lo que la

22. *Op. cit.*, supra n. 20, pp. 46-7, y "El óstrakon de 'Izbet Šarjah y la expansión occidental de la escritura fenicia", en *Navicula Tübingensis. Studia in honorem A. Tovar*. Tübingen 1984, pp. 211-220(218-20).

23. "Sobre el origen de la escritura del S.O.", cf. supra n. 5.

24. J. de Hoz, segunda parte de "El origen de la escritura y la protohistoria lingüística en Andalucía" (en prensa); J. Untermann, *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*. Madrid 1965, mapas 9, 12, 20 y 70.

25. J. de Hoz, *op. cit.* en n. anterior; J. Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*. Wiesbaden 1961 (trad. esp. *ArPrLev* 10[1963], portuguesa en *RGuim* 72[1962]), mapa 16, y "Lenguas y unidades políticas del Suroeste peninsular en época prerromana" (en prensa).



arqueología nos revela es importante, sí, pero escaso y ambiguo. Desde fecha temprana, al menos el s. IX, en el SO de la Península observamos la presencia de ciertas prácticas y de ciertos objetos que en unos casos son con seguridad exóticos y en otros lo son muy probablemente<sup>26</sup>.

Es el caso de las fíbulas de codo, del recipiente de bronce de Berzocana, de origen oriental, de varios de los objetos representados en las estelas figuradas extremeñas, escudos con escotadura en V, carros, espejos, peines, y tal vez, aunque esto es menos probable, espadas y cascos, y en general de un cierto estilo geometrizable, difundido por amplias zonas del Mediterráneo en esas fechas, aunque desde luego originado en Oriente, que en Hispania se manifiesta sobre todo en las representaciones de las estelas mencionadas y en la decoración de las cerámicas habitualmente denominadas del Carambolo.

Naturalmente todos estos objetos o usos plantean sus propios problemas, de los cuales no es el menor el de la cronología. El profesor Pellicer ha insistido en repetidas ocasiones en una fecha no anterior al s. VIII para todos los fenómenos que puedan ser considerados orientalizantes<sup>27</sup>, siendo de destacar que incluya en ese juicio la fíbula de codo, es decir el elemento que más papel ha jugado quizá en las hipótesis sobre la presencia muy temprana de orientales en Occidente. Por otra parte la postura de Pellicer pone perfectamente en claro el problema de principio que subyace en la cuestión aquí planteada; para este investigador en efecto las fíbulas de codo no pueden ser anteriores al s. VIII porque implican una mediación fenicia, y ésta no puede ser anterior a esa fecha<sup>28</sup>. Esta postura supone una cierta reconstrucción histórica que, como es lógico, depende de la interpretación de los datos arqueológicos y a su vez, como también es lógico, condiciona la interpretación de los datos. El problema es que éstos son lo suficientemente ambiguos como para hacer posible otras reconstrucciones históricas, por ejemplo, la del profesor Bendala que piensa en una aportación egea remontable por lo menos a principios del s. VIII y "anterior a la acción fenicia"<sup>29</sup>, o la de quienes aceptan un período anterior a mediados de ese mismo siglo en el que los propios fenicios, sin llegar a establecer auténticos asentamientos coloniales en la Península, habrían ejercido cierta influencia a través de un comercio limitado<sup>30</sup>; y todavía sigue viva en ciertos investigadores la creencia, más o menos matizada, en los datos de las fuentes literarias sobre la antiquísima fundación de Cádiz<sup>31</sup>.

Evidentemente por encima de los datos, en sí demasiado imprecisos o insuficientes, actúan aquí concepciones previas de cada investigador sobre lo que es históricamente posible, sobre las condiciones generales de aquella época, y sobre el grado en que ciertos acontecimientos históricos dejan huella arqueológica. Personalmente creo que la demostrable importancia de la colonización fenicia a fines del s. VIII exige un considerable período de preparación previa, y que las fuentes sobre la fundación de Cádiz, si no deben ser tomadas al pie de la letra, si presuponen claramente la prioridad de esa colonia sobre las restantes<sup>32</sup>. Pero desde el punto de vista de la historia de la escritura esto no soluciona totalmente los problemas que se nos han presentado, porque aún aceptando como hipótesis de trabajo extrema la posibilidad de que un alfabeto fenicio del s. IX hubiese servido de punto de partida a la primitiva escritura hispánica, siguen en pie las divergencias formales entre ésta y lo que parece ser la línea básica de desarrollo de la escritura fenicia, verosimilmente el estilo de Tiro y Sidón, en las fechas más tempranas en que podemos observarla, es decir en las inscripciones de Nora (KAI 46), sepulcral de Chipre (KAI 30), y Zinçirli (KAI 24).

En cuanto a la posibilidad de orientales no fenicios llegados a la Península antes que éstos o a la vez, los

26. Buen resumen en Almagro, "Colonizzazione...", cf. *supra* n. 1, pp. 434-437.

27. Cf. sobre todo "Periodización...", *supra* n. 1.

28. *Op. cit.*, p. 316.

29. M. Bendala, "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos", *Habis* 8(1977)177-205(200).

30. Cf. Niemeyer, "Anno octogesimo...", *supra* n. 1.

31. O. Eissfeldt, "Syrien und Palästina vom Ausgang des 11. bis zum Ausgang des 6. Jahrhunderts v. Ch.", en *Fischer Weltgeschichte 4. Die Altorientalischen Reiche III*. Frankfurt 1967, 135-219(167).

32. W.F. Albright, "Syria, the Philistines, and Phoenicia", en *Cambridge Ancient History II*, 2. Cambridge 1975<sup>3</sup>, pp. 507-36(522-223).

datos arqueológicos no me parece que excluyan la posibilidad, pero tampoco la apoyan directamente. Se trata por lo tanto de una hipótesis que tiene en su contra una evidente falta de economía, porque introduce un proceso histórico doble para explicar la aparición de elementos orientales en Andalucía, cuando basta un proceso único, el comercio y posterior colonización fenicios. Si aún así decidimos considerar esa hipótesis para ver su rendimiento en la interpretación del origen de la escritura hispánica, en principio podemos solucionar algún problema; concretamente los rasgos paleográficos de las más antiguas inscripciones meridionales podrían justificarse si se tratase de testimonios, directos o mediatos, de una escritura nacida en Oriente como adaptación del alfabeto fenicio en fecha extremadamente temprana. Pero en este supuesto el rendimiento de la hipótesis debe ser contrapesado con una dificultad que parece indudablemente de mayor envergadura; no existe ningún testimonio oriental de esa pretendida escritura, y aunque no es imposible que haya existido en algún punto de Cilicia o del N de Siria<sup>33</sup>, zonas que todavía nos son extremadamente mal conocidas en esa época, la solución de un problema fabricando una hipótesis a su medida que no apoyan otros datos independientes, es un método poco admisible.

En resumen, en el estado actual de nuestros conocimientos según la hipótesis más aceptable la primera escritura hispánica habría nacido como adaptación del alfabeto fenicio en un momento en que comerciantes o colonos de este pueblo tenían ya contactos estrechos con las gentes andaluzas del bronce Final, es decir verosimilmente en el s. VII, o en todo caso muy a fines del VIII. La dificultad mayor de esta hipótesis, que por ahora carece de solución, estriba en las divergencias paleográficas entre la adaptación y el supuesto modelo. Una segunda hipótesis, que sólo parcialmente soluciona la dificultad citada y que introduce graves dificultades históricas, vería el modelo fenicio en un alfabeto muy arcaico, llegado a la Península como mínimo en el s. IX. Por último, según la hipótesis históricamente más desesperada y que, aunque soluciona plenamente nuestra dificultad, introduce una escritura desconocida fabricada arbitrariamente con ese único objetivo, un pueblo oriental distinto de los fenicios que había adquirido de éstos el uso de la escritura, sería el responsable de su introducción en Hispania en fechas que pueden coincidir con las de cualquiera de las otras hipótesis.

#### NOTA ACLARATORIA DEL CUADRO DE ALFABETOS ARCAICOS

En el cuadro figuran la identificación de los signos fenicios y griegos, los signarios extraídos de siete inscripciones griegas, diez fenicias o al menos semíticas noroccidentales, y tres hispánicas antiguas, en concreto del Algarve, ya que no existen testimonios suficientes de lo que creo el núcleo primitivo de la escritura hispánica en Andalucía, y considero la escritura del Algarve o del SO como la derivación más inmediata, y probablemente más próxima en la forma de los signos, de la primitiva escritura andaluza (ver n. 5). Por último figuran en el cuadro los valores que atribuyo a los signos hispánicos, incluido *hi* como adaptación de fenicio *pe*, que puede no haber sido usado en la escritura del SO pero sí lo era en la andaluza o meridional. Las inscripciones recogidas en el cuadro son las siguientes:

1. Tablilla etrusca de Marsigliana con abecedario euboico, *LSAG* (L.H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece*, Oxford 1961) lám. 48.18; Heubeck (A. Heubeck, "Schrift", en *Archaeologia Homerica* X. Göttingen 1979) 144, s. VII.
2. Vaso ático del Dipylon, *LSAG* lám. 1.1; Heubeck 116, años 735-725.
3. Óstrakon de Corinto, *LSAG* lám. 18.1a; Heubeck 121, comienzos del s. VII.
4. Estatua votiva de Nicandre de Naxos, hallada en Delos, *LSAG* lám. 55.2; Heubeck 124, mediados del s. VII.
5. Grafitos rupestres de Thera, *LSAG* lám. 61.1; Heubeck 125, fines del s. VIII.
6. "Pithos" cretense de Festo, Heubeck 125, fines s. VIII.
7. Grafito rodio sobre cerámica, *LSAG* lám. 67.1; Heubeck 126, fines del s. VIII.
8. Óstrakon de Izbet Šarjah, cf. n. 22, s. XII-X.
9. Inscripciones de Biblos, *KAI* 1-8; Gibson 1 y 4-10, s. X.
10. Inscripción de Chipre (Honeyman), *KAI* 30; Gibson 12, s. IX.
11. Estela de Nora, Cerdeña, *KAI* 46; Gibson 11, s. IX.
12. Inscripción de Kilamuwa, Zinçirli, *KAI* 24; Gibson 13, s. IX.

33. Cf. los grafitos no fenicios ni arameos de Hama, H. Ingholt, *Rapport préliminaire sur sept campagnes de fouilles à Hama en Syrie*. København 1940, pp. 116-7 y lám. XXXIX.

13. Inscripción de la ciudadela de Ammán, cf. n. 15, s. IX.
14. Inscripción aramea de Zakir de Hama, *KAI* 202; Gibson 2, 5, inicios del s. VIII.
15. Inscripción de Karatepe, *KAI* 26; Gibson 15, s. VIII.
16. Medallón de Cartago, *KAI* 73; Gibson 18, fines del s. VIII.
17. Caja de marfil de Ur, *KAI* 29, Gibson 20, inicios del s. VII.
18. Lápida de Fonte Velha de Bensafrim, *BT* (M. Gómez Moreno, *La escritura bastulo-turdetana*, Madrid 1962) II.
19. Lápida del mismo lugar, *BT* I.
20. Lápida de Abóbada, Almodóvar, en M.M. Alves Dias y L. Coelho, "Notavel lápide proto-histórica da Herdade da Abóbada-Almodóvar", *AP* 5(1971)181-190.

No existe una cronología precisa para las inscripciones del Algarve, aunque su escritura probablemente estaba ya configurada en el s. VII. La fecha que atribuyo a varias de las inscripciones fenicias no pasa de ser una hipótesis razonable. Bibliografía que he tenido en cuenta para el estudio de la evolución de los signos, además de la citada arriba y en las nn. 11 y 20: M. Guarducci, *Epigrafia Greca* I. Roma 1969; J. Naveh, *The Development of the Aramaic Script* (Israel Academy of Sciences and Humanities, Proceedings 1). Jerusalem 1970; F.M. Cross, "The Origin and Early Evolution of the Alphabet", *EI* 8(1967)8\*-24\*; J.B. Peckham, *The Development of the Late Phoenician Scripts*. Cambridge, MA 1968; P.K. McCarter, *The Antiquity of the Greek Alphabet and the Early Phoenician Scripts*. Missoula, MT 1975; U. Schmoll, *Die südhispanischen Inschriften*. Wiesbaden 1961.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	
'aleph	A	A	A	A	AA	A	A	P	K	K	K	K	K	K	K	K	K	A	A	A	a
beth	B	B		C				9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	Y	Y	Y	be
gimel	Γ	Γ		Γ				Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	ka
daleth	Δ	Δ		Δ	Δ	Δ		Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	tu
he	E	E	E	B	E	E		E	E	E	E	E	E	E	E	E	E	E	E	E	?
waw	YF	YF	YF			Y	Y		Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	u
zayin	Z	I	I					Y	I	I	I	I	I	I	I	I	I	I	I	I	o
heth	H	H	H	B	B	B	B	B	H	H	H	H	H	H	H	H	H	H	H	H	?
teth	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	ti
yodh	I	I	I	I	I	I	I	I	Y	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	i
kaph	K	YK		K	K	K		K	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	ke
lamedh	Λ	J	J	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	l
mem	M	Y	M	M	M	M	M	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	ba
nun	N	Y	Y	Y	Y	Y		Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	n
samekh	E	田		田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	田	s
'ayin	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	O	e
pe	Π	Γ	Γ			Γ		Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	bi
sade		M	M	M	M	M		Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	ś
qoph		Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	ki
reš	P	Q	Q	P	P	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	r
šin	Σ	Y	Y	Y	Y			Σ	W	W	W	W	W	W	W	W	W	W	W	W	-
taw	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	ta

Fig. 1. Cuadro de alfabetos arcaicos (ver nota aclaratoria adjunta).